

La isla California

por Edwin Murillo

Eran pasadas las cuatro de la madrugada cuando el sueño venció a Don Quijote. Su fiel escudero, Sancho Panza, había convulsionado la tranquila hacienda del hidalgo con un libro de caballería que según pudo entender del barbero mencionaba una isla maravillosa hostilmente habitada de mujeronas guerreras. Según Sancho, la historia de un tal García Rodríguez de Montaña (no estaba tan seguro del nombre) era incontrovertible muestra de que su sueño de gobernador radicaba a sólo unos días y unas cuantas leguas de distancia.

El nombre mítico de la isla, *California*, inspiraba gran alegría en él, dada la rimbombancia del vocablo. El cura, Pero Pérez, había prometido ajusticiar aquella secuela, buen lector, sin embargo la inventiva del escudero salvaron esas sergas de la hoguera. A gran súplica de Sancho, el ilustre hidalgo trocó lecturas. Abandonando al *Amadís de Grecia*, Don Quijote se rindió enteramente a ese mundo y sin saberlo de antemano, también lo haría ante su reina.

Después de muchas horas de lectura, los párpados derrotados, nuestro caballero sintió que se deslizaba en aguas tibias y que una brisa vaga le acariciaba la frente. Un zumbido a la distancia interrumpió el placentero sueño. Tras sus pestañas, el tridente enaltecido del rey Tritón provocativamente se le apareció. Los instintos caballerescos se apoderaron del héroe y frustrado por la ausencia de su lanza y rodela, apretó los puños, endureció su postura, y juró arremeter contra ese dios marino. La noble sangre enervada, Don Quijote hizo llover un torrencial de bravatas. Una multitud de curiosos impertinentes se acercaron a ese hombre de carnes secas, pero nadie entendió las extrañas voces que brotaban de su boca (ni la rabia desenfadada). Estando en tal descontrol, asomó entre el gentío una espléndida melena negra, de rizos anchos y largos. Calista, que así se llamaba la joven beliceña, percibía algo familiar en esas voces, como un cuento paternal sepultado en la memoria. Sus marrones ojos no podían dejar de maravillarse por el parentesco. Conmovida por ese recuerdo y la cínica algarabía de la muchedumbre, ella estiró sus finos dedos hacia Don Quijote y llamó suavemente... “¡Señor!”.

Don Quijote, entre juramentos e insultos, distinguió algo conocido...un eco...una palabra. Divisó entre el gentío una magnífica silueta que repitió nuevamente el llamado. La figura majestuosa de Calista causó tal admiración que el valiente andante olvidó, momentáneamente, el agravio del rey marino. Atónito frente a tal grandeza, aunque sospechó un nuevo conjuro del sabio Frestón, Don Quijote se arrodilló y con voz rendida dio su nombre y pidió el de la doncella. Ella, con esos ojos rasgados fijados en él, se acercó y en voz alta le respondió en buen acento beliceño-“Calista”. Tristemente, las innumerables batallas habían pasado factura y nuestro caballero, como es bien sabido, era duro de cabeza y oído. Por eso que de los labios de la majestuosa moza escuchó brotar “Calafia” y no “Calista”. El ingenioso hidalgo, vencido por tal hermosura, juró su lealtad eterna. A su vez, el célebre nombre del caballero la regresa, fugazmente, a los regazos del abuelo y esas míticas historias de damiselas, amores y justas que él solía contarle. Pero ella, sin deseo alguno de revolver las aguas, le intimó al caballero que estaba en el reino de *Disneyland* en California y que el tridente desafiante era una estatua en honor al rey del mar, y no su adversario. Don Quijote confesó no comprender su llegada a aquel lugar, pero reconoció de inmediato el legendario nombre. Mientras tanto, al otro lado de un esplendoroso lago, una siniestra cara, girando los brazos de forma metódica llamó la atención de nuestro Caballero de la Triste Figura.

Tal espectáculo provocador le recordó la vileza de Frestón, que transformara gigantes en molinos de viento para robarle gloria. Don Quijote se puso de pie y en clara voz desafió a la colosal

bestia, jurando que ni hechizo, ni molinos le rebatarían la victoria esa vez. Los ojos de Calista, al mirar hacia allá, sólo vieron una enorme noria colorida, y llamándolo por su nombre, le aseguró que aquello no era molino encantado sino una gran bestia leal a ella como lo fuera siempre su Rocinante. Juntos comenzaron un lento paseo hacia la noria, lo cual le dio a la reina tiempo suficiente para calmar nuevamente el ánimo de Don Quijote. Los minutos pasaron como horas. La nueva Calafia prometió a Don Quijote que el gigante los levantaría en brazos para contemplar la grandeza del reino. Finalmente ante el monstruo, nuestro caballero, cauteloso, se unió a la reina en los brazos de esa bestia, que los elevó suavemente a lo más alto. Paseando entre las nubes, la sabiduría de Calafia llenó de admiración a Don Quijote, y pensando en la felicidad que ese reino le otorgaría a su querido escudero, el viejo hidalgo sintió una punzada de soledad. Inmediatamente juró volver con su Sancho a este mágico lugar donde los hechizos de Frestón naufragan, más bien pensó que ahí un caballero podría verdaderamente ampliar su leyenda con gloriosas cruzadas.

En horizonte, a unas tres leguas, un hermoso castillo envuelto en azules sedas y adornado de numerosas torres despertó su curiosidad. La reina, al percibir esto en el semblante de Don Quijote, narró la desconsolada historia de la bella durmiente hechizada en aquél reino. La envidia de la bruja Maléfica enfureció de tal manera a Don Quijote que él suplicó su consentimiento para partir inmediatamente hacia ese castillo. Calafia le advirtió de una ardua odisea que los llevaría a través de tierras de insectos enormes, por ríos enfurecidos y a través de un desierto feroz. Después la reina le contó de un templo siniestro, entre una selva, donde Mola Caim (sacerdote demoníaco) extraía corazones humanos pulsantes cada noche. Todo aquello era del agrado de ingenioso hidalgo. Envalentonado, y en paz con la enorme bestia a su espalda, Don Quijote dio los primeros pasos hacia ese castillo, lo esperaba, sin duda, la irrefutable continuación de su leyenda como el más grande caballero andante de nuestra historia.